

y la costumbre universal de todos los pueblos, condenaban á los *traidores*, entendiéndose por tales no solamente los que faltaban á sus juramentos, desertaban de sus banderas, vendian á su patria, ó á los enemigos prestaban servicios, sino tambien á todo el que no hallando bueno el gobierno que le oprimia, intentaba cambiarlo; y el que descubria las iniquidades de los gobernantes; y el que, perseguido, no se dejaba hacer tranquilamente; y el que se burlaba de sus ridiculeces; y en fin, cuantos de una ú otra manera oponian obstáculo al libre uso y abuso de la autoridad suprema. A tan cómoda y luminosa teoría no halló Inés que oponer otro argumento que el de preguntar cómo se le probaba á D. Alonso que habia incurrido en caso de traicion: á lo cual facilmente respondió Villalobos, contestando que era notorio que Avila se mofaba de continuo de los doctores, poniendo en ridículo sus providencias, y no respetándoles las mujeres ni las hijas, como la doncella lo sabia por propia esperiencia. Replicó la culta que las traiciones amorosas, incluidas las del

“Traidor Vireno, y fementido Eneas,”

no constaba que se castigasen con pena tan grave como la degollacion, á menos de que llegaran al punto que la de Gomez Arias con la *niña* que vendió á los moros de Benamejí.

Pero Villalobos insistia en que degollar á D. Alonso no era por sus fechorías galantes, sino por la conjuracion, de la cual faltaban á la verdad pruebas materiales, mas en cambio eran abundantísimas las morales.

Reducido el negocio á discurso, claro está cuál seria el resultado: Inés fué vencida, y preparóse á llorar su viudez lo mas clásicamente que pudiera.

Véase la diferencia de la mujer galante á la culta: la primera, frágil sin duda, no abdica el sentimiento; la segunda, sin ser necesariamente un modelo de castidad, sacrifica en aras del saber los impulsos de la ternura y aun de la compasion misma.

En caso de optar forzosamente, nuestra eleccion está hecha: venga el frágil pero sensible; cargue el que quiera con la doctora suficiente.



CAPITULO X.

QUE DA RAZON DEL MERCADO DE TLATELOLCO Y DE LO QUE EN ÉL ACONTECIÓ EL DÍA 3 DE AGOSTO DE 1566.

HAY un jénero de anteojos que estuvieron muy en moda años hace, llamados *Kaleidoscopios*, palabra compuesta, cuya significacion, segun los helenistas, es: *formas bellas veo*, pero que en realidad debiera haber dicho *varias* en lugar de bellas, pues realmente lo que acontece se reduce á que, dándole vueltas al instrumento, unos mismos objetos se presentan á la vista de infinitas variadas maneras combinados, formando dibujos bellos unas veces y otras quizá lo contrario. Pues ahora bien: el mundo para el observador curioso viene á ser lo que un Kaleidoscopio en manos de cualquier desocupado: especie de linterna mágica que, variando sus cuadros sin gran respeto á las leyes de la lójica y de la consecuencia, ora con apacibles espectáculos recrea, ora con tremebundas apariciones espanta; ya provoca la risa, ya escita el llanto; ya da lugar, y es para nosotros lo peor del cuento, al soporífero bostezo. Hombres y sucesos, naciones y épocas, siglos y razas, todo presenta distintos y aun entre sí contrarios aspectos, segun el jiro que da el observador al tubo óptico que maneja; y si así no fuese, ¿cómo esplicariamos la simultaneidad con que lloran unos y rien otros, y gozan estos cuando aquellos padecen? ¿Cómo, si en el punto de vista no estibara todo, habia de ser constantemente la vida un río que, recibiendo á un tiempo sus aguas de manantiales salobres y dulces fuentes, ora por las primeras, y mas tarde por las segundas solas, nos parece formado?

Así, lector benévolo, si la diferencia de tonos, la diversidad de estilos, y el contraste, á veces duro, de los cuadros que en este moribundo libro te ofrecemos, llegan por ventura á disgustarte, rogámoste humildemente que no descargues tu enojo sobre el autor de la *Conjuración de México*, sino sobre el KALEIDOSCOPIO QUE MANEJA, haciéndote cargo de que el prisma de la novela solo alcanza, en buena ley, á poetizar el mundo un tanto cuanto, mas no debe extenderse á trocar su índole tan por entero que parezca lo que no es, ó deje de parecer lo que fué siempre.

Y si ahora se quiere saber la razon de ese introito, dirémosla con solo anunciar que, cambiada la escena, ni vamos á la cárcel, ni al convento de San Francisco, ni á la quinta de Chapultepec, donde donña Elvira y Mencía, durante sus desmayos allá trasportadas, deploraban los rigores del hado; ni proseguimos escudriñando los misterios del hogar doméstico en las casas de los doctores, sino que, para respirar libremente y dejarnos de ceremonias, damos con nuestras personas en el mercado de Tlatelolco, antes de que completamente se hubiese el sol desprendido de los brazos de Tétis, y coloreando aún el cielo mexicano las rosadas tintas de la aurora, el dia 3 de Agosto de 1566.

Figurémonos una plaza de vastas dimensiones, cuyo regular cuadrilátero perímetro circuyen por completo tres frentes con soportales y tiendas bajo de ellos, formando el cuarto y principal lienzo el convento de San Francisco, consagrado bajo la advocacion del apóstol Santiago, glorioso patron de España. En el centro de aquella plaza, levantábanse dos pilares macizos y paralelos: la *horca*, instrumento de muerte y símbolo de jurisdiccion que nuestros mayores omitian raras veces entre los adornos municipales; y vecina á ella veíase una fuente, obra de los misioneros, que al colocarla en aquel sitio no parece sino que quisieron ponerse en evidente oposicion con los que, mientras ellos pensaban en satisfacer las necesidades físicas y espirituales del pueblo, curábanse solo de aterrarlo con los suplicios.

Tal era el *Tianpuiztli*, *Tianguez* en el lenguaje franco de los conquistadores, y mercado en idioma castellano, de Tlatelolco, un tiempo el primero, mas principal, abundante y rico de los dominios de Moctezuma, y ya en la época á que nos referimos reducido á mínimas proporciones, relativamente hablando, por el establecimiento de otros dos sus rivales en las plazas de San Juan y San Hipólito. Conservaba, no obstante, aquel sitio en el año 66 del siglo XVI, todavía muchos de sus antiguos caracteres: entre otros la division completa de los diferentes comercios entre sí, y el respeto con que cada cual se abstenia de ocupar puesto que por costumbre perteneciera á otro, sin necesidad de que para ello interviniese precepto de las autoridades, ni sancion penal de ninguna especie.

Por lo que respecta á las tiendas, la mayor parte pertenecian á

castellanos de raza, mestizos ó mulatos, que, unos con pequeño, otros con mayor caudal, se dedicaban á comercios que podemos llamar permanentes, por hacerse en objetos de uso constante en la sociedad mexicana, y necesitar de un fondo de razonable cuantía; mas las vituallas de todos jéneros, y las obras de mano esencialmente indíjenas, así como las de escaso valor, eran objeto del tráfico de los naturales de la tierra misma.

No se crea por eso ni que el mercader ambulante ú ocasional dejaba de comerciar en los artículos que constituian el fondo del sedentario, ni que este no especulara con las mercaderías propias del negocio de aquél; antes por el contrario, si la peletería, plumería, mantas, y obras de oro y plata, jeneralmente hablando, debian buscarse en las tiendas, solian tambien hallarse en poder del indio á quien la necesidad de otras cosas, ó la falta de alimento, ó los apremios del recaudador del tributo personal, obligaban á deshacerse de aquellos objetos que sirvieron un tiempo á su lujo y comodidades; y en compensacion no faltaban tiendas donde se vendieran aves y comestibles, que de ordinario eran la granjería de los pobres.

En todo caso, la abundancia y diversidad de jéneros que al mercado concurrían antes de la conquista, y que, en mengua de la civilizacion, debemos confesar que fué gradual y rápidamente disminuyendo despues de ella, son irrefragable testimonio de la fecundidad del bello clima del Anáhuac, y si no de la industria tal como hoy la entendemos, al menos de la capacidad para ejercerla de sus naturales.

Veáanse allí, en efecto, las bellas y finas esteras llamadas *petates*, con tal primor labradas, que las de colores se equivocaban fácilmente con las alfombras de Persia, y reemplazábanlas sin menoscabo de la grandeza de sus dueños en las estancias de los mas encopetados magnates; cueros de venado crudos y curtidos, con pelo y sin él, á propósito para broqueles, rodelas, forros, correaje y calzado; pieles de otros animales y de aves, conservando en estas, con la pluma, la natural riqueza de su esmalte y la varia diversidad de sus colores; y en fin, los tejidos de algodón que impropriamente se conocian por los conquistadores con el nombre jenerico de *mantas*, pues los habia de infinitas especies, y servian para multitud de diferentes variados usos, como *mantas*, en efecto, colchas, tapicerías, mantos de aparato y abrigo, maxtales, alfombras, y todo lo que hoy se llama ropa blanca. Combinado aquel tejido con el pelo de conejo, y plumas, y aun despues de la conquista con hilos de seda, plata y oro, formábanse telas de gran coste y precio, con que se engalanaban las indias ricas, y tambien las damas españolas en los saraos y festines. Con la pluma sola se tejian otros paños de abrigo sin peso, que segun Torquemada, parecieran bien *aun en la cama de cualquier señor*.

Adelantado y mucho debia de estar en los dominios de Moctezuma el arte de los alfareros, pues que una gran parte del mercado lo

ocupaban con sus productos, incluyendo en ellos desde la porcelana trasparente hasta el barro mas grosero, y desde la tinaja al salero, dice el coronista, todo de buen gusto en el dibujo, calidad escelente en pasta y cocido, y bello aspecto en los colores.

Piedra, madera, cal, ladrillo y cuanto á la construccion de edificios atañe, llevábanse en barcas desde las lagunas, por los canales de las calles, hasta la inmediacion del mercado, al cual iban los dueños ó corredores en busca de marchantes; mas la leña, el carbon y la ceniza, vendíanse en puestos sobre la plaza misma.

Seccion especial y estensa fué la de la volatería antes del descubrimiento, y aun despues de él algunos años, hasta que disminuyendo los indios en número, decayendo de ánimo, y no pudiendo sufrir las vejaciones de los europeos que, con bárbaro abuso de la fuerza, les destruian las redes y causaban otros semejantes perjuicios, quizá por mero capricho, fué disminuyendo rápidamente aquel artículo. Herrera atribuye tal fenómeno á la *demasiada libertad que los indios tenían*, asercion absurda á que con santa indignacion contesta el historiador franciscano, diciendo: *aun no les ha quedado bastante* (libertad á los indios) *para dormir en sus casas muchos de ellos, segun andan huyendo de servicios inmensos que sobre ellos pesan.*

Lo cierto en la materia, ademas de la degradacion y casi esclavitud de la raza indijena, es que con la aclimatacion del ganado europeo debieron agotarse en gran parte los pastos que antes servian exclusivamente al sosten y mantenimiento de la volatería; que introducidas otras industrias mas lucrativas, naturalmente se redujo á menores proporciones la de la caza; y que con las nuevas costumbres y manera tambien nueva de alimentarse y vestirse, cesaron las aves de constituir el fondo, por decirlo así, del comercio mexicano como antes lo eran. Mientras de ellas se comia, se vestía, y se tomaban hasta los adornos y distinciones sociales, claro está que habian de buscarse con mucho mas afan que al quedar reducidas, mas tarde, á ser un artículo secundario entre otros muchos principales.

Si añadimos que las manufacturas de oro y plata, en objetos primorosamente fundidos ó labrados á mano, hicieron la admiracion de nuestros mas entendidos y diestros plateros, los cuales sin embargo, descollaban entonces entre los mas famosos del orbe civilizado, no habremos hecho escaso elogio de la habilidad de los mexicanos; pues debe tenerse presente que, careciendo de hierro, faltábales en consecuencia la primera materia para la construccion de herramientas, ó lo que es lo mismo, el principal agente de todo artefacto.

Inútil sobre prolijo fuera enumerar aquí la multitud de semillas, pastas y otros comestibles ya en crudo, ya preparados, que se vendian en todos los mercados de indios; bástenos decir, por memoria, que tenian muchas tiendas á manera de nuestros cafés, cuyo comercio esclusivo consistia en el *atole*, especie de pasta de harina de maíz

mas ó menos densa, que unas veces era comida y bebida otras, semejante á las gachas ó puches; y al *chocolate*, orijinariamente compuesto de una mezcla del atole de maíz con el cacao. De esta última siemiente, como en Europa de la almendra, y del chocolate mismo, hacian grandísimo y continuo consumo los indios, por cuya causa no solo se vendía en tiendas, como dijimos, sino por las calles en puestos ambulantes. Con rapidez se propagó entre los conquistadores el uso del chocolate, si bien mejorado, sustituyéndose al atole la mezcla del azúcar y la canela, mas agradable, si bien mas estimulante que las glutinosas gachas con que los indijenas se contentaban.

Careciendo los indios, por regla jeneral, de monedas, trocaban en sus tratos mercancia por mercancia, segun las necesidades de cada cual; pero como semejante método, con permiso de los socialistas, ha parecido siempre y es en efecto embarazoso en alto grado, á falta del dinero, valíanse las mas veces aquellos naturales del cacao, jénero abundante y de primera necesidad para todos. En algunos pueblos usaron para signo representativo de la riqueza, de ciertas mantas pequeñas de algodón que ellos llamaban *Patolquachtli*, y los españoles, corrompiendo el vocablo, *Patoles coacheles*; pero ademas consta que, aun antes del descubrimiento, comenzaban á servirse los mercaderes de ciertas planchuelas de cobre muy cargado de oro, en forma de T, anchas de tres ó cuatro dedos, y de espesores correlativos al valor convencional que representaban, siendo ese ya un jénero de moneda, como tambien lo eran ciertos canutos del mismo metal que igualmente daban y recibian en cambio de las mercaderías.

Para completar esta breve noticia sobre los mercados, réstanos solo consignar el hecho de haber entre los indios corredores que andaban de unos en otros, llevando á cada parte lo que en ella mas falta hacia; para el buen orden y arreglo de las diferencias entre los mercaderes, dependientes subalternos de justicia en las plazas mismas; y en un edificio de la de México, un tribunal á manera de jurado, compuesto de doce ancianos, quienes verbal y sumariamente fallaban los pleitos á medida que iban ocurriendo.

En los tiempos de nuestra historia, sin embargo de la decadencia del *Tianguex de Tlatelolco*, los alguaciles castellanos circulaban de continuo en él, no sabemos, ni sabia Torquemada tampoco, si para conservar el orden ó hacer su negocio; pero, en fin, circulaban de continuo; y en la *Tecpan* ó casa del cabildo, frontera al convento, residia el gobernador de aquel barrio, quien sumariamente administraba justicia [manera de decir] á indios y europeos.

Los primeros albos del crepúsculo matutino comenzaban á clarrear apenas en la solitaria plaza, haciendo perceptibles los duros contornos del horrible símbolo de la jurisdiccion soberana en Tlatelolco, cuando de la portería del convento de Santiago salieron los indios, envueltos en sus mantas de algodón hasta los ojos, silenciosos y mi-

rando en torno de sí cautelosamente, antes de resolverse á tomar marcada direccion en su camino. Mas así que se hubieron persuadido de que ni una alma habia en el mercado; de que ni un solo balcon habia abierto; de que ninguna tienda, ni las de atole y chocolate siquiera, daban señales de comenzar su comercio, encamináronse á la fuente, y colocándose entre ella y la horca, de manera que la sombra proyectada por ambas masas los ocultaba completamente, entablaron en voz sumisa el siguiente diálogo.

—Y bien, Cristóbal, ¿qué me quieres?

—Francisco, que me ayudes en una empresa....

—¡Empresa! ¿Y cuál podemos acometer nosotros, viejos y esclavos, que no sea un delirio.

—Déjate de razones, Francisco: al servidor le toca solo ejecutar las órdenes de su dueño.

—¡De su dueño! ¡Ah! El pobre Francisco no tiene ya dueño. El *Mártir* descansa al lado de sus padres.

—Pero los hijos, los hermanos, los amigos del *Mártir* viven aún, y viven oprimidos, y el verdugo tiende ya las manos á sus cuellos.

—Silencio, Cristóbal: no hables del verdugo. ¿Ignoras dónde estamos?

—¡Bien lo sé, Francisco: estamos al pié de la horca!

—¡Silencio, por Dios santo! La sangre se me hiela....

—¡Temería Francisco á la muerte?

—A la muerte no: Francisco ha vivido bastante para no estar enamorado de la vida: ¡Pero al verdugo! ¡Pero á la horca!

—¿Qué importa el género de muerte, si al cabo se muere? Que el castellano, que cree deshonrados á sus hijos cuando el verdugo le mata, tiemble el suplicio en buen hora: pero á nosotros, Francisco, á nosotros que ni tenemos hijos, ni patria, ni honra, porque los esclavos nada tienen, ¿qué nos importa espirar en brazos del verdugo ó en los de una enfermedad?

—En fin, Cristóbal, ¿qué me quieres?

—Ya te lo dije, que me ayudes en una empresa difícil, arriesgada, quizá imposible.

—¿Y cuál es esa empresa?

—Salvar á los caballeros presos.

—La Serpiente de Tlaxcala se olvida de su prudencia....

—La Serpiente de Tlaxcala es siempre la misma. ¡No te digo que vamos á acometer una empresa quizá imposible!

—¿Por qué acometerla entonces?

—Porque él lo quiere.

—¡El! ¿Quién?

—*Amo chiquito*.

—¡D. Fernando!

—Sí: el hijo del comunero y de la *flor de Chalco*; el amigo de los hijos de Hernán Cortés y de D. Alonso de Avila.

—¿Por qué no acude á los castellanos, Cristóbal?

—Porque los mejores están en las cárceles.

—Y los demas acobardados.

—Acaso baste una chispa para provocar un incendio.

—¿Y los indios han de ser la chispa?

—Sí, Francisco.

—¡La Audiencia la apagará, pisándola! Cristóbal y Francisco acabarian cerca de donde estamos, si fuesen tan locos que se arrojaran á intentar lo que no osan ni imaginar los conquistadores.

—Es preciso, Francisco, servir á nuestros amos, y suceda de nosotros lo que Dios quisiere.

—Francisco no tiene amo: el *Mártir* le ha dejado libre, y ademas, Francisco y Cristóbal son dos ancianos, buenos en el consejo, inútiles con las armas en la mano. ¿Qué han de hacer dos viejos?

—Cristóbal y Francisco son hombres de consejo: sus hermanos de Tlatelolco oyen sus palabras con atencion, y los mancebos seguirán sus inspiraciones.

—Sepa yo de una vez tu pensamiento.

—¿Francisco ayudará á Cristóbal?

—Francisco es leal, y no revelará en ningun caso ni á persona alguna el secreto de su amigo.

—Pues bien: *Amo chiquito* presume que la muerte de algunos de sus amigos está próxima; que acaso hoy mismo perezca D. Alonso en el suplicio. Fr. Diego de Olarte teme lo mismo.

—¡Oh, sí! ¡Los Doctores matarán á D. Alonso! Eso es cierto.

—Y D. Fernando quiere y debe impedirlo á toda costa. Si hoy nuestros hermanos se rebelasen en Tlatelolco, si la Audiencia tuviera que emplear aquí sus soldados, acaso se suspenderia el suplicio de Avila, acaso fuera posible libertarlo de la cárcel asaltándola con algunos bravos.

—¿No me ha dicho Cristóbal que ese mismo pensamiento se trató ya, sin fruto, de poner por obra?

—Sí, Francisco; pero entonces el tiempo no apremiaba como ahora; entonces ante lo escaso del número vacilamos....

—Ahora los pocos de entonces serán todavía menos, y las dificultades mayores.

—¡Oh, por misericordia, Francisco, no me desalientes! Si D. Alonso muere en el suplicio, morirá de dolor *Amo chiquito*, y *Amo viejo* morirá tambien.

—Francisco quisiera redimir á D. Alonso y á D. Fernando, y á su padre; pero Francisco no puede, y se resignará con la voluntad de Dios, como dicen los misioneros.

—Probemos antes fortuna: hablemos á los que van á venir al mer-

cado, de la enormidad de los tributos, de la dureza con que se cobran, de las iniquidades de la Audiencia. Quizá al presentarse el rejidor á poner la tasa y acudir los alguaciles á despojarles de una parte de su trabajo, se indigne su ánimo, ya por nosotros predispuesto á la rebelion. Una palabra trae otra, y de las palabras se pasa fácilmente á las obras: un indio conocido preso, una piedra arrojada á los corchetes, pueden acaso producir un conflicto; y ¿quién sabe....?

—Francisco sabe que desde el pié de la horea hasta colgar de ella, no hay mucho camino.

—¿Si Francisco abandona á sus amigos en el peligro, Cristóbal sabrá morir con ellos!

Tales palabras pronunciaba el jeneroso anciano tlaxcalteca, cuando le obligaron á interrumpir su discurso, primero el rumor de acelerados pasos de caballo, y luego la aparicion de un corchete de los de Sámano, que caballero en su rocín se encaminó en derechura al convento de Santiago. Dichas por aquel hombre, sin apearse, algunas palabras al portero, apenas las hubo oido el hermano lego, tapándose el rostro con las manos en señal de horror, entróse apresuradamente por los claustros adelante en demanda nada menos que del padre provincial.—Fr. Diego oraba ya, ó mas bien oraba aún, pues no se habia acostado aquella noche, para que Dios se dignase asistir al espíritu de D. Alonso en su última hora, de cuya procsimidad inmediata no le dejaron la menor duda las palabras de Sámano la noche anterior al salir de la estancia en que yacia el cadáver de Suarez.

Así cuando el atribulado portero le dijo:

—Reverendísimo padre, los señores de la audiencia requieren á vuesa paternidad para que vaya inmediatamente á la cárcel de corte, con los religiosos que le plazca, á fin de ayudar á bien morir á dos hombres que van á ajusticiar.

El santo religioso, sin manifestar sorpresa, ni mas sentimiento del que ya tenia, respondió:

—Diga, hermano, que iremos á donde la voluntad del Señor nos llama, dentro de breves instantes.

Y en efecto, el portero transmitió al corchete la respuesta de su prelado; partióse con ella el alguacil; y en tanto mandaba Fr. Diego reunirse á su comunidad entera para darle cuenta del suceso, y hacer que pasara en el acto al coro á ponerse en oracion por las almas de los infelices á quienes la llamada justicia humana obligaba á comparecer prematuramente ante la divina.

Terminadas sus disposiciones en la materia, eligió tres religiosos para que le acompañaran; y mandándoles que le esperasen en la iglesia, fuese á la celda donde D. Fernando de Valdestillas meditaba en su suerte y proyectos, aguardando el resultado de las jestionnes que poco tiempo antes encomendara al celo de su buen Cristóbal.

Qué pasó entre el hijo del comunero y el provincial de San Fran-

cisco durante la media hora que á solas estuvieron en acalorada conferencia, no hemos podido averiguarlo á pesar de nuestras esquisitas diligencias, por lo cual habrá de contentarse el lector con que le digamos que, al cabo del tiempo dicho, salieron ambos de la celda del primero, y deteniéndose solo algunos minutos para orar en el templo, tambien del convento, en compañía de tres religiosos por Fr. Diego elejidos.

En el breve espacio que medió entre la llegada al monasterio del corchete portador del mensaje de la audiencia, y la salida de los frailes para la cárcel de corte, el aspecto de la plaza del mercado habia variado completamente, pues el lector recordará que primero estaba sola y desamparada, y ahora le diremos que, no sin asombro, la vieron ya los franciscanos llena de hombres armados, los cuales, distribuidos metódicamente en grupos, ocupaban todas sus bocacalles, cual si temieran una invasion enemiga.

En efecto, Juan de Sámano y Manuel de Villegas, no pudiendo, ni acaso queriendo oponerse á que los sentenciados se confesaran, como terminantemente significaron sér esa su voluntad, con religiosos de la Orden de San Francisco, y muy en particular con su prelado, temian, sin embargo, que aquellos frailes, ya conocidos por su adhesion á la parcialidad del marques, y temibles ademas por su influencia en el pueblo, concitasen los ánimos de los indios contra la audiencia. No satisfechos, pues, con el cúmulo de fuerzas desplegadas hasta el momento, pues ya desde la noche antes las tropas de Velasco ocupaban todos los caminos que á México conducian, y las escuadras municipales con la jente allegadiza los puntos principales de la ciudad, creyeron oportuno posesionarse del Tianguetz de Tlatelolco, centro de aquel barrio, lugar ocasionado á trastornos por la reunion de jentes en el mercado, y sitio ademas del convento, que sirvió mas de una vez, en épocas anteriores, de asilo y fortaleza á los del bando entonces vencido.

En consecuencia, al corchete mensajero seguia de cerca un centenar de hombres de armas, que sin dar tiempo á Cristóbal y Francisco para que de su escondite saliesen, sentaron sus reales en la plaza, ocupando sus bocacalles y no dejando entrar en ella á los mercaderes mas madrugadores, que tardaron poco en comenzar á presentarse.

Por lo que respecta á los frailes, los hombres de armas tenian órden de dejar libre el paso á los que con el provincial fuesen, y en efecto, permitiéronles salir de la plaza; mas un sarjento, con una docena de soldados, echó en seguida á andar tras ellos.

—¿Qué significa esto? exclamó Fr. Diego, advirtiendo á los pocos pasos tan extraño acompañamiento.

—Significa (respondió el sarjento), que se me ha mandado acompañar á su paternidad hasta la cárcel.

—¿Acompañarnos ó guardarnos?

—Acompañar, he dicho.

—En ese caso, podeis volveros.

—Perdone vuesa paternidad; pero he de cumplir lo que se me ha ordenado.

—¡Villanos! (murmuró Valdestillas, no pudiendo contenerse).

—¡Silencio, hermano! (se apresuró á interrumpirle Fr. Diego). Acordémonos que hay quien sufre mas que nosotros.

Dichas esas palabras y algunas otras á D. Fernando en voz tan baja que no pudieron oirse, prosiguió el grupo religioso su marcha, y detrás de él su escolta, cuidando de que ninguno de los raros transeuntes que en el camino hasta la cárcel encontraron, se acercara á los frailes.

En tanto Francisco y Cristóbal, al abrigo de los pilares de la horca ocultos, hallábanse en difícilísima posición, pues de permanecer en ella, claro estaba que mas tarde ó mas temprano habian de ser descubiertos; y pensar en que ni hasta el convento les fuera posible llegar sin ser antes vistos, detenidos y presos, no cabia dentro de los límites de racional discurso.

Para cualesquiera otros dos indios redujérase el riesgo á soportar algunos pescozones ó palos de mano de los soldados, ó cuando mas, á la perspectiva de pasar una semana en la cárcel, dado que como delito se considerase la costumbre, harto comun en los de su raza, de haber pasado la noche con el pavimento por cama, y el cielo por techado, pero los dos ancianos eran conocidos por servidores de personas tan declaradamente enemigas de la audiencia, que con razon sobrada temian ser desde luego implicados, cuando menos, en el proceso de la conjuración, por el mero hecho de hallarse juntos en aquel paraje y á tales horas. Francisco, en honor de la verdad, yendo mucho mas lejos que Cristóbal con el discurso, recelaba que verle los soldados y colgarle de la horca que tan azorado le tenia, serian cosas casi simultáneas.

Sudando, por tanto, de congoja, y maldiciendo la hora en que por su entusiasta compatriota se habia dejado sacar del convento, permanecía el prudentísimo servidor del infeliz D. Martín Suarez, echado boca abajo en el suelo entre los dos pilares, mientras que el tlaxcalteca, sentándose á su lado, y apoyando la cabeza en las manos, meditaba intensamente en la indagación de algun ingenioso espediente para ponerse en franquía y en punto donde pudiera obedecer las instrucciones del doncel su amo.

La verdad es que, en semejantes situaciones, el discurso es inútil; la facultad lo hace todo; y no hay como echarse en brazos de Dios, y dejar que las cosas sigan su curso.

Poco mas de una hora era transcurrida desde que las fuerzas de la audiencia ocuparon la plaza, cuando precisamente aquella medida de precaución comenzó á realizar lo que acaso, y sin acaso dada

las circunstancias, intentara inútilmente la astucia de la serpiente de Tlaxcala; porque, en efecto, los primeros indios que al entrar en el mercado fueron detenidos, siendo pocos, hubieron de resignarse silenciosos; pero á los primeros sucedieron no solo otros, sino *otras*, y esas otras irritables y chillonas; por manera que en breve comenzaron las voces, las quejas, las reconvenções y los clamores en todas las calles afluentes al por entonces vedado Tianguetz.

Reflecciónese que *no vender* era *no comer* para aquellas pobres jentes y sus familias, sin que ni aun por eso se les cesimiera de ninguna de las cargas que los abrumaban; y se comprenderá fácilmente que con rapidez se propagara á los varones el descontento de las hembras, mas bullicioso desde luego en ellas, pero en cambio mas iracundo y concentrado en ellos.

Al principio los hombres de armas, tomando la cosa á burla, respondieron con chocarrerías á las quejas, con desvergüenzas á los denuestos, y con blasfemias á las maldiciones; mas á medida que el número de los vendedores crecia, y sus clamores subian de punto, naturalmente hubo de hacerse mas vigorosa tambien la resistencia, y acudióse á las amenazas para llegar lógicamente á las obras.

Una verdulera, mas espresiva en su pantomima que ninguna otra, quiso arañar á un soldado, el cual dió con ella en tierra de un empujon.—*¡Al asesino!*—clamó la caída; y—*¡al asesino!*—respondieron en coro centenares de voces. Entonces el cabo que guardaba la bocacalle donde ocurría el lance, formando en masa su jente, cargó alabarda en ristre á los indios, que precipitadamente le cedieron el terreno; pero que desde las esquinas comenzaron tambien á lanzar un diluvio de guijarros y piedras sobre la tropa, hasta obligarla á replegarse á la carrera sobre la plaza.

Bastó aquel incidente para que se hiciese jeneral la conflagración, y se tratara ya nada menos que de hacer uso de las armas de fuego, como lo solicitaban hostigados los que entre aquella milicia las llevaban; mas su jefe, que habia recibido instrucciones terminantes de la audiencia para evitar á toda costa una lucha abierta con el pueblo, tuvo fuerza de carácter suficiente para mantener á los improvisados guerreros dentro de los mas estrictos límites de la defensa. Hizo, pues, que sus hombres se pusieran al abrigo de las piedras, dejando á los indios dueños de gritar en las calles cuanto les pareciera conveniente.

Era ya tarde, sin embargo, para que la prudencia sola bastase á cortar el fuego de la sedición, tanto mas temible, cuanto menos de político tenia; porque los intereses materiales, y el hambre sobre todo, no las ideas, son los que lanzan resueltamente á los pueblos en las vias revolucionarias. Y cuenta que no decimos que no seán las ideas las que en la esencia hacen las revoluciones; sino que los inte-

reses son los que empujan á las masas ignorantes contra el régimen que las oprime.

Crecian, pues, la indignacion y la audacia de los defraudados vendedores, lejos de calmarse con la prudencia del jefe de las tropas; la masa popular iba ganando terreno hácia la plaza, como la marea tierra adentro; la soldadesca bramaba de ira; Francisco estremeceíase pensando que naturalmente se retirarían al centro de la plaza, y le descubrirían y... *la horca* era su idea fija; en cuanto á Cristóbal, dábasele gracias á Dios de haberle enviado como llovido del cielo aquel motín, sin cuidarse de lo que pudiera ser de su persona.

Así las cosas, y previos algunos instantes de esa engañosa calma que precede siempre á las tempestades y á la crisis, tanto morales como materiales, los amotinados, que carecían absolutamente de plan determinado, y de jefes, y hasta de objeto, porque aun cuando en la plaza entrasen, no era posible que acudiese á ella marchante alguno; los amotinados, decimos, movidos por la cólera, como las olas se ajitan á impulso del huracan, impeliéndose unos á otros, y ganando siempre terreno solo por no retroceder en su marcha, llegaron, en fin, á emparejar con las bocas de las calles que del mercado partían, ó lo que es lo mismo, á penetrar en la plaza misma.

Ya entonces los hombres de la audiencia y su jefe mismo comprendieron que las contemplaciones pudieran serles funestas, y resueltos á repeler con toda su fuerza, y usando de sus armas todas, la invasion que inminentemente les amenazaba, comenzaron por donde era natural, y el previsor Francisco temía que comenzasen, es decir: por replegar todos al centro del Tianguetz, para formar allí una masa. El centro del Tianguetz, significa la *fuente* y la *horca*, significa el asilo de nuestros dos indios, significaba para el que fué servidor del Mártir, un dogal á la garganta y el verdugo sobre sus hombros. Así, cada paso de los armados era un golpe en su corazon; así, á medida que sentía aprocsimarse la tropa, íbase adhiriendo de tal modo al suelo, que, si en su poder estuviera, hundiérase en él siete y aun catorce estados. Por el contrario Cristóbal, ebrio de júbilo con el espectáculo á su corazon grato, de la inesperada insurreccion, hízose todo él ojos y oídos, para no perder ni un movimiento, ni una sílaba del tumulto, pensando tan poco en su personal riesgo, que casi le tocaban los armados con las hastas de sus alabardas, cuando llegó á hacerse cargo del peligro.

Confesemos que la situacion era crítica para entrambos indios, y tanto mas desagradable para Francisco, cuanto menos por su parte la habia provocado; pero tambien es justo decir que con estarse tendido boca abajo, respirando apenas, cerrados los ojos, y ajitándose como un epiléptico, no parecia probable salir de tan angustioso lance. No fué tal el proceder del servidor de los Valdestillas, quien conformándose al proverbio que dice: "*A mal tiempo buena cara:*" en

vez de esperar á que algun soldado, advirtiendo su presencia en tal paraje, le saludara acaso introduciéndole entre costilla y costilla algunas pulgadas de acero, si no machacándole la mollera con la culata del mosquete, levantóse de pié derecho y púsose delante del jefe de la tropa. Digámoslo de paso, en semejantes aventuras vale mucho mas habérselas con los jefes que con los subalternos; y el instinto del tlaxcalteca le guió por consiguiente tan bien ó mejor que pudiera la mas consumada ciencia.

—¿Quién eres! ¿Qué haces aquí! ¿Cuánto tiempo hace que estás oculto! ¿Por dónde has venido! Responde presto y la verdad, ó te cuelgo irremisiblemente de esa horca: exclamó el capitán de los municipales apenas vió á Cristóbal; y Francisco, en cuyos oídos resonaron sus palabras como los ecos de la trompa de los cazadores en los del ciervo acosado y moribundo, djóse allá en sus adentros:

—¿No lo decia yo! Antes de cinco minutos están nuestras almas en la eternidad, y nuestros cuerpos columpiándose entre esos dos maldecidos pilares! ¡Dios tenga misericordia de nosotros!

En tanto el tlaxcalteca respondia sosegadamente:

—Mi compañero y yo, porque no estoy solo...

—¿Esto me faltaba! ¡Ahora ese menguado me delata! (pensó Francisco estremeceíndose, pero sin variar de postura).

—Mi compañero y yo (proseguia diciendo Cristóbal) somos dos pobres indios, ancianos como veis, y pobres como todos. Esta noche la hemos pasado aquí, y esperábamos la caridad de los religiosos para desayunarnos, cuando aparecísteis en la plaza con vuestros soldados: tuvimos miedo y nos escondimos.

—¿Capitán, (interrumpió un cabo) esa jente se nos viene encima!

—Dos hombres para custodiar á estos indios, y que no los pierdan de vista; si intentasen fugarse, clavarlos contra el suelo. Ahora, vamos á enseñarles los dientes á esa canalla! respondió el jefe; y apartándose de Cristóbal, puso en órden su jente para cargar á los vendedores que, en efecto, invadían la plaza tan acelerada como bulliciosamente.

